

El Estado parasitario. Argentina, ciclos de vaciamiento, clase política delictiva y colapso de la política exterior.

Carlos Escudé

Editorial Lumiere, Buenos Aires, 2005, 167 páginas

Juan López Chorne

Así como ha sucedido en diversas áreas de los quehaceres políticos, culturales, científicos y deportivos, que han permitido al orbe disponer del tango, el dulce de leche, las huellas digitales y tantos otros inventos argentinos, la República Argentina parece ser pionera en una nueva arena. Sucesivos “ciclos de vaciamiento” habrían convertido a nuestro país en un “Estado parasitario”. Pero, ¿qué es un Estado parasitario? Como sus congéneres biológicos, parece ser un ente que sobrevive a partir de la apropiación de recursos generados por terceros. Como lo sugiere Escudé, “existen Estados parásitos que poseen grandes recursos per capita pero no obstante viven a expensas del resto del mundo, a la vez que sus mayorías son sepultadas en un infierno de desempleo, hambre y suciedad” (p. 19). La violación del contrato social por parte del Estado parece ser un rasgo diacrítico del Estado parasitario. El “Rodrigazo” (1975), la estatización de la deuda privada (1982), el Plan Bonex (1989) y el corralito-corralón-*default* (2001/2002) son las acciones parasitarias perpetradas por gobiernos civiles (de diferente signo político) y militares. “En el Estado parasitario muchos mecanismos endémicos de corrupción operan una y

otra vez, independientemente del carácter del régimen político” (p.17). Asimismo, este Estado no sólo se apropia de los recursos de sus ciudadanos y de los de ciudadanos de otros países por medio de una ingeniosa ingeniería fiscal y contable (con respaldo legal, por supuesto) sino que incluso es cómplice de terroristas, narcotraficantes, contrabandistas; extorsiona a jueces y compra leyes en el Parlamento. No sólo fracasa en la represión y contención de estos males, sino que los practica. Pero, ¿cómo es posible que un país, otrora uno de los más ricos del globo, con una población relativamente poco numerosa para su vasto tamaño, inmensamente rico en recursos naturales y cuya “burguesía” posee activos en el exterior equivalentes con su inmensa deuda externa, participe en este tipo de actividades? “*Hipótesis explicativa* - La clase política de este país no tiene como objetivo estratégico conseguir su desarrollo, ni aumentar el poder de su Estado, sino enriquecerse por cualquier medio lícito o ilícito, y lo más rápido posible” (p. 35). Este accionar ha sido para el autor el principal responsable de la miseria y exclusión que soporta buena parte de la ciudadanía. Por lo tanto, no debería sorprender que paralelamente con los

procesos de vaciamiento hayan surgido organizaciones populares con funciones que, en principio, le corresponderían al propio Estado. De manera que, continuando con las parábolas biológicas, se podría decir que este fenómeno sería simplemente una estrategia adaptativa que garantice, al menos, la supervivencia. Estas organizaciones, que tienen como su cara más visible al denominado “movimiento piquetero”, desarrollan para el autor prácticas técnicamente delictivas. Sin embargo “en la Argentina, son el resultado inevitable de la macrocorrupción y sus ciclos de vaciamiento. Quienes caen en estas prácticas son más víctimas que victimarios, ejerciendo un derecho natural a la revuelta que ha sido reconocido tanto por John Locke como por Santo Tomás de Aquino” (p. 27).

Un comentario aparte merece el capítulo sobre la política exterior del Estado parasitario, sugestivamente titulado “La muerte de la política exterior”. Para el autor la política exterior de la República Argentina no se ha caracterizado en la últimas décadas por focalizarse en el desarrollo económico del país y en las necesidades más básicas de sus ciudadanos. Claro que en este sentido el autor señala que las gestiones de Domingo Cavallo y Guido Di Tella en la Cancillería durante la administración de Carlos Menem fueron muy diferentes; se las podría enmarcar dentro del Realismo Periférico, uno de los “hijos pródigos” de Escudé: “...las políticas exteriores y de seguridad debían estar al servicio del ciudadano y no de un Estado cuyo poder suele convertirse en un fin en sí mismo. Este fue el sentido del llamado Realismo

Periférico y de su carácter eminentemente *ciudadano-céntrico*” (p.115).

Con respecto a la política exterior de la administración Kirchner, Escudé destaca un rasgo al menos paradójico. “En el caso del Estado parasitario argentino, por lo tanto, es improbable que el futuro depare políticas exteriores racionales... Por lo menos hasta que la condición de parásito sea superada...” (p.117). En tanto caracteriza a la política exterior de Kirchner como condicionada por “cantidades masivas de piqueteros y tenedores de planes asistenciales que cuentan con el apoyo de poderosos aparatos partidarios” (p.118), no podría esperarse de este contexto una política exterior “razonable”. Entre otras cosas, el desafío al sistema financiero internacional que representó el *default* argentino y el “acercamiento” con el presidente venezolano Hugo Chávez constituirían acciones “no razonables” llevadas a cabo por un gobierno fuertemente constreñido en la mesa doméstica. De acuerdo al autor este tipo de acciones desestabilizantes y desafiantes respecto a un orden internacional impuesto por los países más poderosos, le ha representado a la Argentina un gran costo (paradigmático de las acciones no-razonables resulta la neutralidad argentina durante la Segunda Guerra Mundial). Y en este punto aparece el rasgo paradójico: estas acciones transgresoras y desafiantes no parecen haber tenido una sanción por parte de los actores más poderosos del sistema internacional, a diferencia de lo que ocurrió en otros momentos históricos. ¿Por qué? De manera muy clara Escudé señala de qué forma el he-

cho de que el hegemón global esté embarcado en su “guerra global contra el terrorismo” pareciera otorgar a otros actores estatales un mayor margen de maniobra, si y sólo si, no se transgrede en esa materia. “La hiperpotencia no puede correr el riesgo de hacerse de más enemigos y no tiene más remedio que tolerar desafíos al orden financiero internacional global como los de Kirchner, y desafíos al orden comercial como los de Lula” (p.129). Lo que aparece como paradójico en el marco que expone Escudé es que la acción “no razonable” de desafiar al orden financiero internacional, parece haber conllevado un costo bajo y un beneficio mensurable en términos fiscales de más de US\$ 60 mil millones. En este contexto lo no razonable parecería tornarse razonable.

Finalmente cabría preguntarse acerca de la génesis de la “macro y mega corrupción” que parece haber condenado a la República Argentina a su situación actual. En la introducción del libro, si bien someramente, en un apartado titulado “*Yo, argentino: la cultura de la corrupción*” (p. 27), Escudé parece intentar escudriñar este asunto, para algunos piedra basal de nuestros males. Si bien no se profundiza en las razones de lo que denomina “nuestra amoralidad colectiva”, resulta válido y rescatable tratar un tema tan sensible y por cierto, tan difícil de teorizar. Con relación a la famosa expresión que titula este apartado resulta interesante la reflexión del autor: “en ninguna parte del mundo hay nada parecido a esta expresión coloquial que candorosamente confiesa que el *ser nacional* es miserable” (p.28).